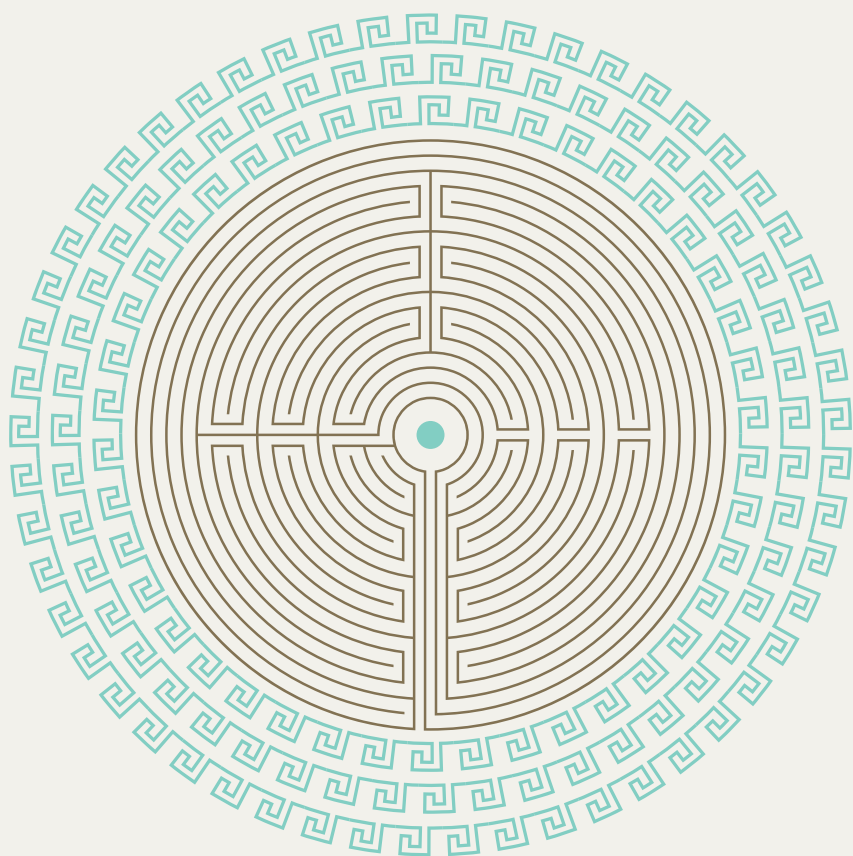


David Hernández de la Fuente

# EL HILO DE ORO



Los clásicos en  
el laberinto de hoy

*Ariel*

David Hernández de la Fuente

# El hilo de oro

Los clásicos en el laberinto de hoy

*Ariel*

Primera edición: mayo de 2021

© 2021, David Hernández de la Fuente

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3349-6

Depósito legal: B. 5.316-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Índice

<i>Introducción</i>	11
1. Entender al otro	19
2. ¿El fin de la historia?	75
3. Lo colectivo: democracia antigua y moderna	105
4. Metáfora y política	145
5. El lado oscuro: violencia y terror	185
6. Epidemia y control social	211
7. El individuo: héroes y heroínas	243
8. Fiesta y rito	269
9. La vejez y la muerte	299
<i>Bibliografía</i>	317

## Entender al otro

¿Qué similitudes puede haber entre un conflicto tan actual como el de China y Estados Unidos y la historia de la antigüedad? La otredad es siempre difícil de entender si se mira desde los parámetros de la identidad. La relación entre lo uno y lo múltiple, lo individual y lo colectivo y la explicación del porqué de la aparente multiplicidad de fenómenos en su íntima unidad fue un asunto que preocupó sobremanera a los antiguos, que se empeñaron en entender estas proposiciones como una de las tareas de la filosofía llamada presocrática. Pero también fue este ímpetu el que inspiró a los primeros geógrafos e historiadores, notablemente en el caso de Heródoto, que quiso conocer más allá de las fronteras de su mundo y dejar un testimonio comprensible y tolerante. La otredad personificada en los diversos pueblos del Imperio persa nos recuerda la necesidad de entender la diversidad del mundo. Es una actitud que se inaugura entonces y que nos permite aproximarnos también a la compleja y cambiante realidad de nuestros días desde la actitud curiosa y humanista de los antiguos. La diversidad de la civilización es desvelada por la mirada del historiador y la del mitólogo que pueden deconstruir los fenómenos que han irrumpido en el panorama actual, como el populismo o los extremismos, o entender mejor a los gobernantes que han surgido para dirigir las potencias occidentales, desde los Bush a Trump, y los intentos de explotar las supuestas diferencias

que oponen Oriente y Occidente. Este capítulo se propone mirar por este prisma antiguo con la premisa de entender al otro y de superar las escisiones entre lo propio y lo ajeno. La idea antigua de hospitalidad (*xenia*) y la propuesta de trascender los límites de lo aparente en pos de una unidad profundamente humana perfilan esta primera aproximación a la actualidad de los clásicos.

#### MITO E HISTORIA: A PROPÓSITO DE HERÓDOTO

Es fama que en septiembre de 1812, mientras los rusos prendían fuego a Moscú, Napoleón exclamó con helado aliento: «¡Qué hombres! ¡Son escitas!». Las palabras del emperador de Francia, recogidas por uno de sus fieles generales, se referían a una antigua narración de Heródoto acerca de cómo aquel aguerrido pueblo de la antigüedad —tan temible y diestro en la caballería como los cosacos de Rusia— había arrasado su propio país para burlar a los persas de Darío. Aún hoy día, como en tiempos de Napoleón, somos conscientes de haber recibido el legado de la Historia de manos de los griegos. Ya los romanos lo heredaron y Cicerón rebautizó al gran Heródoto como «padre de la Historia». Para nosotros también es el precursor de todos aquellos que se han dedicado con celo a guardar el archivo de los reinados, los pueblos, las guerras y las grandes migraciones y turbulencias. Pero la Historia con mayúscula, como nos recuerda en la distancia la obra de Heródoto, es algo más que un frío catálogo. Comprende también las inquietudes intelectuales, espirituales y artísticas de los hombres; las emociones que han hecho vibrar y ponerse en movimiento a los pueblos, las corrientes de pensamiento, científicas y artísticas, y el sentir religioso, en un género que ha de trascender por necesidad el mero registro historiográfico para interesarse por cuanto atañe al espíritu humano.

Heródoto dejó bellamente escrita su personal crónica de

los enfrentamientos entre griegos y persas, pero también un completo catálogo de los más diversos pueblos estableciendo modelos que dominarían en la antropología y la historia hasta bien entrada la Edad Moderna. La inclusión de digresiones (*prosthekaî*), en forma de cuentos, historias personales o notas curiosas sobre un lugar, o discursos etnográficos (*logoi*) sobre Egipto, Asiria, Escitia, convierten su historia en una obra literaria de primer orden. Apuntaba Arnaldo Momigliano que entre Heródoto y los historiadores del antiguo Oriente se alzan varias diferencias que señalan el nacimiento de la historiografía: mientras que las crónicas mesopotámicas son meras compilaciones y catálogos de reyes, ofensas, guerras y victorias, la obra de Heródoto es una auténtica investigación, con aliento narrativo. Pero el «padre de la historia» fue considerado durante muchos años también «padre de la mentira» (hoy diríamos *fake news*). Su sucesor Tucídides querrá corregir la visión mítica y cosmopolita de Heródoto sentando las bases de una historiografía más racionalista que pasará a la posteridad. Hay algunos bustos bifrontes de la antigüedad que representan los rostros de Heródoto y Tucídides, cada uno mirando hacia un extremo: los dos grandes historiadores y sus dos métodos opuestos. Heródoto se ganó los reproches de autores como Luciano o Plutarco, en su opúsculo titulado *Sobre la malicia de Heródoto* y fue denunciado ya desde antiguo como falsario, filobárbaro y partidista. En consecuencia, su método cayó en desgracia y los historiadores posteriores —desde Quintiliano a Procopio— siguieron a Tucídides. Los relatos sobre escitas y egipcios son ejemplos de las supuestas «mentiras» de Heródoto, algunas confirmadas por la arqueología: por ejemplo, los enterramientos de los escitas, que salieron a la luz en las excavaciones de los kurganes durante el siglo xx.

Pero la rehabilitación de Heródoto se remonta al Renacimiento, cuando el humanista Lorenzo Valla, a instancias del papa Nicolás V, tradujo su obra al latín y cuando Matteo Maria Boiardo lo hizo al italiano. En 1520 salió de la imprenta

ta veneciana de Aldo Manuzio su primera edición moderna: a partir de entonces el extenso relato de las guerras médicas recobró el favor crítico y fue libro de cabecera de destacados políticos y militares. Las narraciones sobre países exóticos —Egipto, Escitia, Libia, etc.— alentaron las ansias de aventura de los lectores de los siglos xv y xvi, en cuanto tuvieron acceso a la obra del historiador y viajero griego. La influencia de sus relatos de viaje inspiraría libros como los de Giulio Landi o Giovanni Ramusio. Después, no es extraño que comenzaran a proliferar relatos de viajes a lugares lejanos (ya fueran auténticos o ficticios) con referencias a las costumbres extrañas de sus habitantes y a los seres extraordinarios que allí se encontraban, bajo la inspiración herodotea. En plena fiebre de los descubrimientos, Ramusio se inspira para su libro de viajes en Heródoto, aludiendo a las hazañas de Colón y Hernán Cortés. Quizá esta sea una de las facetas más peculiares de la pervivencia de su obra. También ayudó a su rehabilitación el carácter novelesco de muchas anécdotas que refiere sobre personajes históricos: amor, celos, venganzas y pasiones humanas en un marco histórico. Tanto es así que acaso sea un lejano precursor de la novela histórica. Buen ejemplo de ello es la historia de Giges y Candaules, evocada con éxito en la novela de Michael Ondaatje *El paciente inglés*, posteriormente llevada al cine.

La célebre frase de Momigliano —«No hubo ningún Heródoto antes de Heródoto»— señala la revolución que supuso este escritor frente a las áridas crónicas anteriores y baldíos registros de reyes y guerras. La obra de Heródoto fue una auténtica investigación, con impronta narrativa y personal, con la que la Historia comienza a escribirse en mayúsculas. Pero algo más nos llama la atención hoy, en la era de las *fake news* y la desinformación: el contraste entre mala fama y el fondo de verdad que ha tenido que afrontar su obra hasta hoy.



En el comienzo fue el África remota y maternal, fascinante, seca, húmeda, llena de contrastes casi cosmogónicos, el lugar donde, a las faldas del Kilimanjaro, se separaron el cielo y la tierra en un momento que recogen todas las historias míticas de creación del mundo, desde la mesopotámica a la china o la egipcia. Madre de todas las leyendas, entre guerreros, dioses embusteros, comerciantes, esclavos, chamanes y pequeños ídolos malévolos, a África hay que volver continuamente desde el corazón de las tinieblas en la jungla tropical hasta los grandes páramos y soledades del desierto. El primer encuentro con África siempre cambia la vida y es el encuentro con la otredad que somos nosotros mismos. Nosotros y los otros, parafraseando a Tzvetan Todorov. Pero el primer occidental que se confrontó con aquella inmensidad y dejó un registro de su memoria fue precisamente el gran historiador Heródoto, en el libro segundo de sus *Historias*.

En su famoso *logos* egipcio Heródoto da cuenta de la añeja fascinación por el país del Nilo y por la inmensidad de África como granero de la historia y código secreto de toda nuestra herencia. Egipto era el espejo deformante en el que se miraba la civilización griega, en una infancia balbuciente apenas frente al saber milenario del país de los faraones y de las pirámides. ¿Y más allá de Egipto? Las brumas que desvelaba Martin Bernal. Este académico quiso poner de manifiesto, de forma polémica, las raíces semíticas y africanas de la cultura helénica, superando o desafiando las visiones eurocéntricas, en su famosa obra *Atenea negra*. Los mitos que analizaba, según esta visión, combinados con pruebas de la cultura material, eran una buena forma de apreciar esta deuda con el mundo afroasiático. La deuda con África siempre queda pendiente, pues la que tenían los griegos con Oriente acaso era más gustosamente reconocida, desde la magia persa a los números babilónicos.

A la hora de cruzar la frontera que nos separa de la otre-

dad, la misma que cruzaron los ilustrados que descubrieron a los otros pueblos allende la Europa etnocéntrica, se abría una comprensión de la identidad. Para abordar ese descubrimiento, que lo es también propio, conviene tener a mano a los clásicos. Cuando los ilustrados franceses acometieron este camino lo hicieron de la mano de una relectura de los modelos antiguos que era indispensable para reinventarse de nuevo en Occidente. Así hizo también, dos siglos después, el conocido periodista polaco Ryszard Kapuściński, que, teniendo siempre a mano las *Historias* de Heródoto, llevó a cabo la misma operación paradójica de descubrimiento de la identidad desde la otredad.

Cuando en 1955 Kapuściński hace su primer viaje como reportero, en este caso a otro lugar cosmogónico, la India, su jefa en el periódico le hizo un regalo inolvidable: un ejemplar de las *Historias* de Heródoto, que el joven periodista llevaría desde entonces en su mochila, como relata él mismo en *Viajes con Heródoto* (2004). Así aplica su recuento de las guerras entre griegos y persas, y su relato etnográfico, fascinado y fascinador, acerca de todos los pueblos con los que hubo de vérselas previamente el Imperio persa, al mundo que un joven reportero ve mediado el siglo xx. Los antiguos conflictos de egipcios, escitas o caucásicos no se demostrarán muy diferentes de las guerras regionales o de la Guerra Fría. Kapuściński llega al Congo y refiere el ambiente de guerra que se respira en una pequeña ciudad occidental rememorando otra guerra, la que libra el rey Darío contra la rebelde Babilonia. El asedio para el que se prepara la ciudad de Babilonia y la masacre de todas las mujeres, a las que hacen morir los babilonios estrangulándolas, recuerda otras bárbaras y extrañas matanzas del momento. La violencia que le rodea es impresionante, aun solo evocada de lejos, en el Congo dominado por los gendarmes: «toparse con cualquiera de ellos podría convertirse en una experiencia temible».

Va describiendo cada pueblo con sus lenguas y costumbres y ve que la única respuesta posible a la intolerancia que

acaba en guerras y masacres es el conocimiento del otro. Por eso, como el griego nos enseñó, es preciso siempre aprenderse los nombres de las tribus, su situación geográfica y sus costumbres —quién vive dónde, con quién limita quién, quién convive con quién y quién es enemigo de quién— e intentar ordenarlo todo. Es la mejor receta para un buen reportaje. Y luego, como Heródoto, referir las fuentes directas o indirectas. Al corresponsal de guerra polaco le interesaba «el taller del griego»: cómo trabaja, qué le interesa, cómo se dirige a sus interlocutores, qué les pregunta y cómo escucha lo que dicen en un contacto directo casi socrático con los que le cuentan las cosas —muchas veces leyendas— que intenta comprobar para llegar hasta el final y establecer los hechos como un reportero.

Al hilo de la revolución iraní o de la guerra del Congo, en fin, el periodista polaco no se despega de la mirada de Heródoto. Comenta Kapuściński que «el conocimiento del mundo se adquiere a través de la experiencia de la constatación de la otredad del vecino». Toda respuesta nos la proporcionará el propio camino. El periodista polaco ve el saber en movimiento, en un viaje guiado por una intuición, una pista y un oído de reportero, y siempre de la mano de los textos clásicos de Heródoto. Por eso era buena idea comenzar así nuestro recorrido por la actualidad incansable de los antiguos, que nos dan cumplida cuenta aún de los conflictos de nuestra contemporaneidad y de cómo afrontarlos con la mirada de Heródoto.

## ORIENTE MEDIO. EL CORAZÓN DEL MUNDO

Cuando hoy se recuerda la intersección de culturas que representa el territorio de los actuales Irak, Siria, Jordania o el Levante palestino, el occidental tiene sobre todo en mente, por desgracia, solo una palabra: conflicto. La opinión común sabe que es una zona tremendamente castigada por

todo tipo de conflictos políticos, sociales, religiosos y lingüísticos a lo largo de los últimos decenios. Pero el valor estratégico y cultural de este territorio, que lo ha hecho tan disputado, se remonta a la historia antigua, cuando fue clave en la configuración de una intensa ruta de intercambios que unía Occidente con el Oriente más lejano —la llamada Ruta de la Seda— y, mucho antes, cruce de caminos milenario entre Mesopotamia y el Levante sirio-palestino, Egipto y Anatolia.

Si Kapuściński, en sus viajes con Heródoto, constató la actualidad de los clásicos en medio de las guerras regionales de la segunda mitad del siglo xx, en los últimos años hemos vuelto a pensar en él por la triste conflictividad en Oriente Medio, desde la invasión de Irak hasta la más reciente guerra civil en Siria. Lugares emblemáticos como el Museo de Bagdad, el yacimiento de Palmira o Mosul, la vetusta ciudad junto al Tigris que mencionaba el griego Jenofonte en su legendaria expedición de los Diez Mil, han sido triste escenario de combates y destrucciones. Los primeros occidentales que admiraron Oriente, ya desde la *Historia* de Heródoto, fueron los griegos.

Y es que «los griegos no partieron de la nada», como recordaba Walter Burkert en libros como *De Homero a los Magos*, en un largo camino poblado de huellas que se remontan, no por casualidad, al mundo oriental. Los griegos, en efecto, no lo inventaron todo. La tradicional atribución de los mayores avances de la humanidad a la civilización occidental encuentra en el llamado «genio o milagro griego» uno de los pretextos y lugares comunes más reiterados. Tanto es así, que la repetición de estas ideas durante siglos creó una opinión fuertemente arraigada en Occidente acerca de su propia excelencia y superioridad, un eurocentrismo o, si se quiere, helenocentrismo que fue promovido con fuerza desde las escuelas de filología y pensamiento surgidas con el romanticismo alemán.

Algunos pioneros, como Zeller y Gladstone, empezaron a preguntarse en el siglo xix por la relación entre el mundo helénico y el oriental. Sin embargo, ha habido que esperar

al descubrimiento y desciframiento de textos literarios orientales (egipcios, mesopotámicos, hititas, ugaríticos...) para que los estudiosos, sobre todo a partir de la mitad del siglo xx, hayan reaccionado a las ideas antes mencionadas: el «espíritu griego» —como esencia de lo occidental— frente a sus orígenes semíticos y orientales. Los griegos heredaron una riquísima tradición cultural cuyas raíces se encuentran, según apuntan todos los indicios, en ese Creciente Fértil donde vio la luz la civilización y que, hoy más que nunca, está en el punto de mira. Autores como Martin West o el mencionado Burkert, en obras de referencia como *The East Face of Helicon* o *Die orientalisierende Epoche*, llevan años señalando la influencia oriental en la Grecia clásica a partir de evidencias literarias y lingüísticas, culturales y religiosas que ponen de manifiesto una deuda patente, tal y como hizo Martin Bernal.

Hititas, sumerios o acadios han dejado su memoria también en los monumentos culturales que tenemos de la Grecia arcaica, en las salas de nuestros museos —el Británico, el del Louvre o el Pergamon de Berlín— o en los fragmentos épicos o mitológicos. Grecia era consciente de la deuda, y cuando se enseñoreó de Oriente bajo la égida de Alejandro Magno la fusión que se produjo fue cuando menos natural. Se creaba, en el Oriente helenizado, una simbiosis que tendría largo recorrido, especialmente en el triángulo que marcó el origen de la historia y de las civilizaciones del antiguo Oriente, desde Mesopotamia a la región sirio-palestina.

Los sucesores de Alejandro que gobernaron allá, encabezados por Seleuco, establecieron una duradera monarquía en el corazón del Creciente Fértil, donde había nacido la civilización, y cuidaron especialmente de esas ciudades míticas que fueron cruce de caminos —no otro es el significado árabe de Mosul, la Mepsila griega— como las opulentas Antioquía sobre el Orontes, Emesa, Palmira o Edesa: ahí brilló el helenismo y luego Roma y el cristianismo. Pero todo esto se olvida a veces.

Ciertamente, hay que reivindicar la centralidad de Oriente Medio en la historia universal, una importancia que ha quedado parcialmente relegada por el relato que ha hecho la historiografía occidental, y que a la postre se ha impuesto en nuestras escuelas, acerca del ascenso de Europa. Se ha puesto el énfasis, desde una perspectiva por supuesto eurocentrista, en un relato único de la civilización que localiza siempre el comienzo en el mundo griego —con sus precedentes necesarios en Oriente Medio y Egipto— y luego suma el Imperio romano, la fragmentación de su parte occidental en los diversos reinos germánicos (extrañamente cada vez más entendida por la crítica —sobre todo anglosajona y alemana— no como una caída, sino como una transición), la restauración del Imperio de Occidente con Carlomagno y el posterior Imperio germánico, el auge de Francia, Inglaterra —y el tránsito a Estados Unidos—, etc. Sin embargo, este relato interesado está incompleto y es muy parcial: se suele olvidar la gran aportación del Oriente y del Sur. El predominio cultural del norte de Europa desde el Renacimiento ha hecho olvidar la importancia de Oriente Medio en lo que Violet Moller ha llamado *La ruta del conocimiento*, un ensayo que sigue la deriva de la ciencia antigua desde Alejandría hasta Bagdad, Córdoba, Salerno o Palermo, centros de saber multicultural. Nada mejor que seguir este hilo en lugares que, suele olvidarse, fueron vitales en la transmisión del conocimiento, para reparar en la importancia de esta región como mediadora. Este prejuicio occidental se ve en el descuido con el que se trata la fascinante historia del Imperio bizantino, por ejemplo, que fue dueño de esa región durante muchos siglos, que comenzara, precisamente, con la decadencia del Imperio de Occidente en manos de los germanos. Allí se fundió el enorme legado histórico y cultural del helenismo y de Roma en una síntesis perfecta, junto al tercer elemento que habría de hacer historia en lo sucesivo: el cristianismo, que fue ante todo una religión oriental del Imperio romano y que allí comenzó su andadura y veloz expansión. Los bizan-